

Contratransferencia e implicación subjetiva: los confines del cálculo del analista



ALBERTO C. CABRAL¹

LA CONTRATRANSFERENCIA, *AÚN*

La contratransferencia, *aún*, sigue constituyendo una referencia ineludible para muchos psicoanalistas —por cierto dentro, pero también por fuera de la IPA— que se sirven de ella para orientar y conceptualizar su práctica. Al punto de que muchos de ellos la consideran un concepto fundamental y, en tanto tal, constitutivo de la especificidad de nuestro campo.

La contratransferencia, *aún*, sigue constituyendo una noción de contenidos diversos, muchas veces contradictorios y de alcances casi tan variables como las instrumentaciones clínicas a las que da lugar. El mismo Racker, en su libro clásico, incluía una conferencia de 1953 en la que dedicaba más de cuatro carillas a una revisión de los diversos sentidos que, ya en esa época, adquiría el término para distintos autores. Varios años después, Winnicott (1960) comentaba al respecto: «una ojeada a la literatura psicoanalítica me ha llevado a la conclusión de que esta palabra corre el riesgo de perder su identidad». Habían transcurrido casi veinte años más cuando Bion (1978), por su parte, alertaba: «se trata de uno de los términos

1 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
accabral@intramed.net

técnicos de los que se hace uso y probablemente abuso». Y faltaban, aún, los desarrollos sobre contratransferencia y *enactment* que introdujeron, en las dos últimas décadas, los analistas estadounidenses que se agrupan en torno al «intersubjetivismo»... (Muller, 2009).

La contratransferencia, entonces, no es un concepto unívoco. Como algunas formaciones rocosas complejas, parece haber crecido por aposición, al punto de que en su campo semántico pueden reconocerse distintos «estratos geológicos». Haríamos bien en considerarla —entonces— un signifiante; abierto en tanto tal a esa pluralidad de sentidos que parecía inquietar a Winnicott. Es por eso que Lacan, en los párrafos iniciales de *La dirección de la cura*, la considera una «palabra inadecuada» o «impropia» (*mot vilain*): no una «mala palabra» (*gros mot*), como vertieron los traductores al español. En uno de los capítulos del libro *Lacan y el debate sobre la contratransferencia* (2009) me ocupo de los efectos de imaginarización del debate que se desprenden de esta versión de los *Escritos*, así como de las razones que avalan mi propuesta de traducción. Aquí nos basta con indicar que son las mismas que llevaron a Lacan (1958) a referirse a la «impropiedad conceptual», y aun a la «falsa consistencia» (1955) de la noción de contratransferencia.

Es por eso que, advertidos de esta multivocidad, parece conveniente respetar la brecha entre «lo que se dice» y «lo que se quiere decir» (Lacan, 1955) cuando un colega la utiliza para transmitir un testimonio de su práctica. Y sin embargo... la contratransferencia, *aún*, sigue siendo objeto de una aproximación crítica generalizadora para numerosos colegas de orientación lacaniana —por cierto fuera, pero también dentro de la IPA—. Esta crítica totalizante suele ir acompañada de una impugnación en bloque de las prácticas que la invocan, sospechadas por igual de realizar una imaginarización del vínculo analista-analizante.

Es una perspectiva que no puede sino obstaculizar la renovación de un debate que muchos analistas consideramos necesario. En particular, aquellos entre nosotros que —más allá de nuestras diferentes inserciones institucionales y aun de las diversas transferencias que nos atraviesan— estamos persuadidos de que el porvenir del movimiento psicoanalítico no es responsabilidad excluyente del círculo de seguidores, por amplio que fuese, de tal o cual autor posfreudiano. Y que, por eso mismo, considera-

mos imprescindible poner a trabajar nuestras diferencias teóricas y clínicas para capitalizar los réditos (y dejar de lamentar los inconvenientes) de la dispersión propia de ese «psicoanálisis en plural» que —para autores tan dispares como R. Wallerstein (IPA), J. A. Miller (AMP) o J. Allouch (ELP)— es un rasgo actual de nuestra disciplina.

DOS RESPUESTAS Y UNA MISMA PREGUNTA: APROXIMANDO EL OSO Y LA BALLENA

En ese trabajo de las diferencias se inscribe el debate en torno a las dos grandes respuestas que la comunidad psicoanalítica ha formulado para una misma pregunta. Esas dos grandes respuestas son la contratransferencia, por un lado, y el deseo del analista, por el otro.² La pregunta en cuestión admite —seguramente— diversas formulaciones. Una de ellas es la que Lacan articuló en forma explícita al plantearse una y otra vez —en su clase del 24 de mayo de 1961— la cuestión de cómo concebir «nuestra participación [...], nuestra implicación subjetiva en la transferencia». Lo hace advertido de que la respuesta a la que apunta desborda el plano de una mera indicación técnica, que prescribiría tan solo «una conducta a seguir, un *how to*», a la manera de «un *handling* que nos es exterior». Para Lacan es claro, en cambio, que la «implicación» de la que se trata «afecta (*“interesse”*, dice la versión francesa) nuestro ser» (p. 352).

La pregunta de marras es la que sostiene el trabajo de formalización que le permite, a lo largo de varias clases del seminario, desplegar su primera exposición sistemática sobre el deseo del analista. Pero Lacan no deja de percibir que la misma pregunta, también, es el fundamento de muchos de los desarrollos posfreudianos sobre la contratransferencia: desarrollos que comenzaron a multiplicarse a partir de los años 50, en contraste con la escasa atención que el concepto despertó en los cuarenta años que siguieron a su introducción por Freud (1910).

2 Es un punto en el que no voy a detenerme, pero este abordaje nos permite recrear un nicho clínico compartido en el que alojar —para procesar sus diferencias, y evocando una referencia freudiana— al oso polar y la ballena.

Es frente a este conjunto ya en ese momento heterogéneo de desarrollos contratransferencialistas que Lacan promueve un abordaje matizado, en el que es posible reconocer dos vertientes. Por un lado —es la vertiente más conocida—, una crítica sin reservas a los deslizamientos en la posición del analista inducidos por *algunas* conceptualizaciones de la contratransferencia. Por el otro, una sensibilidad particular para hurgar en testimonios de analistas que la toman como referencia (Money Kyrle, Margaret Little, Lucy Tower, Pearl King) y rescatar puntos de apoyo que le permiten sostener su elaboración progresiva de los conceptos de *deseo del analista* y de *acto analítico*. Es una vertiente que se constituye en torno a una «legitimación crítica» de los testimonios clínicos singulares en los que se detiene.

Lacan (1961) explicita la lógica que sostiene esta segunda vertiente en su comentario a un texto de M. Kyrle: «en la medida en que hubiera alguna legitimidad en este modo de proceder, de todas formas son nuestras categorías [teóricas] las que nos permiten comprenderlo» (p. 222). Precisemos entonces que Lacan, en su lectura, legitima aquellos aspectos de la práctica singular de estos analistas que dan cuenta de una eficacia clínica reconocible, pero cuestiona a la vez la formalización contratransferencialista que los mismos autores proponen para sus innovaciones.

Hagamos una breve referencia a la que designamos como primera vertiente. Entre las conceptualizaciones de la contratransferencia que Lacan critica sin reservas, se encuentran sin dudas aquellas que alientan una equiparación entre analista y analizante, desdibujando así la asimetría constituyente de la experiencia. El reclamo encendido —e ideologizado— de Racker (p. 231) por un «igualitarismo» en la situación analítica es un testimonio extremo de esta orientación: y es claro que sería una simplificación agrupar el «todo» de los desarrollos de Racker detrás de este reclamo.

La crítica de Lacan a estas concepciones participa de la que dirige —desde el comienzo de su enseñanza— a los intentos de encarrilar la situación analítica en una perspectiva imaginaria, dual; esto es, privada del recurso a la terceridad simbólica. Se trata de una objeción que por momentos asume un tono irónico: «pensad qué testimonio damos de elevación del alma al mostrarnos en nuestra arcilla como hechos de la misma que aquellos a quienes amasamos» (Lacan, 1958). Aquí solo puedo señalar

que en la actualidad (y esto hace a la complejidad del debate) esta crítica no es privativa de quienes seguimos su enseñanza. Colegas que rescatan el uso de la contratransferencia son sin embargo sensibles al efecto de aplanamiento de la situación analítica inducidos por algunas posiciones contratrasferencialistas (véase la discusión de Leonardo Wender [Apdeba] y André Green al material del analista estadounidense T. Jakobs en el Congreso de Ámsterdam de la IPA [1992]).

Para ubicar ahora la vertiente de «legitimación crítica», voy a partir del diagnóstico que Lacan (1961) formula en el seminario VIII sobre la notoria ampliación operada en los alcances del concepto. Lacan constata en ese momento que la contratransferencia «se ha convertido en un gran *cajón de sastre* de experiencias», para pasar a abarcar «casi todo lo que somos capaces de experimentar en nuestra práctica». Y agrega que esto ocurre «en los *mejores* círculos analíticos: esto es, en el círculo kleiniano» (p. 217, cursivas mías).

Lacan, como se ve, aborda los nuevos desarrollos sobre la contratransferencia con una posición distinta de la de un cruzado enfrentado a una herejía... El recurso a esta figura no es casual: son varios los testimonios de analistas contratrasferencialistas citados por Lacan (Lucy Tower, Pearl King, entre otros) que dan cuenta del lugar «herético» en el que quedaron inscritos sus primeros desarrollos en la óptica severa de la ortodoxia anticontratrasferencialista de la IPA de la época. Y son varios, también, los testimonios actuales de colegas que comparten la orientación lacaniana que abordan el debate sobre la contratransferencia con un espíritu análogo de cruzada.

Pero retomemos la referencia de Lacan al «conjunto de los sentimientos que el analista experimenta en su práctica»: propongo designarla como contratransferencia *en sentido amplio*. Es claro que desborda con creces lo que llamaré el sentido *restringido* de la contratransferencia: aquel que Freud (1910) caracterizó como «el influjo que el paciente ejerce sobre el sentir inconsciente [del analista]», y que consideraba con razón un obstáculo que debía ser discernido y dominado mediante el propio análisis. Que debía ser «sofrenado» (*Niederhaltung*), nos dirá cinco años más tarde (Freud, 1915: 168). (Notemos tan solo la perspectiva sugerente sobre la posición subjetiva del analista que se desprende del hecho de que Freud no

utiliza el término «represión» cuando intenta dar cuenta de los destinos de la contratransferencia.)

Pero si aceptamos esta expansión de hecho de la noción a partir de los años 50, resulta comprensible que a partir de entonces no todas las referencias a la contratransferencia participen de la condición de obstáculo que subrayaba Freud. Era la condición que también Lacan (1951) destacaba en sus primeras aproximaciones: la definía como «la suma de los prejuicios y las pasiones del analista», la consideraba (al igual, en este período, que a la transferencia) como un momento de estancamiento en la dialéctica intersubjetiva, y verificaba sus efectos resistenciales en la posición de Freud con *Dora*.

Mi impresión es que hacer de estas observaciones iniciales el *todo* de la opinión de Lacan genera un efecto empobrecedor. Es que supone descuidar tanto el deslizamiento de sentido operado en el concepto como el viraje que (tras registrarlo) se produce en el abordaje que le dispensa Lacan. Es un viraje que va de la mano con la discontinuidad que provoca en su propia enseñanza la introducción del concepto de *deseo del analista*.

Para apreciarla, basta evocar su valoración inicial de «esa *apatía* que hemos tenido que realizar en nosotros mismos para estar en situación de comprender a nuestro sujeto». Valoración que lo lleva a recomendar que, en tanto analistas, «evitemos toda manifestación de nuestros gustos personales, ocultemos lo que pueda delatarnos, nos despersonalicemos, y tendamos a esa meta que es representar para el otro un ideal de impasibilidad» (Lacan, 1948). Cuando en la clase del 8 de marzo de 1961 Lacan se detiene nuevamente en el ideal de *apatía* que —nos dice— los propios analistas tienden a forjarse de su práctica (pero que él también contribuyó a promover), lo remite ahora a la *ataraxia* (imperturbabilidad) de los estoicos, y se plantea: «¿Por qué un analista, con el pretexto de que está bien analizado, sería *insensible* al surgimiento de cierto pensamiento hostil o de amor» en su analizante? Y afirma: «no se puede sostener que el reconocimiento del inconsciente [el que se espera de “un buen análisis personal”] deje al analista *fuera del alcance de las pasiones*. Esto sería suponer que es siempre desde el inconsciente [esto es, desde lo reprimido y sus retoños] de donde proviene la eficacia psíquica de un objeto sexual o de un objeto capaz de suscitar aversión». Lacan registra el carácter provocativo que

cobran sus observaciones a la luz del ideal de «neutralidad analítica»: «Lo que digo es un poco fuerte, nos incomoda...». Pero no se detiene: «Yo aun diría más: cuanto más analizado esté el analista, más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión respecto a su *partenaire*». Y todavía insiste: «Incluso tendría malos augurios para quien nunca lo hubiera sentido» (pp. 213-214). Podríamos decir que, a la luz de esta nueva perspectiva, la apatía aparece ahora como un efecto de represión frente a las respuestas de amor y de odio suscitadas en el analista por la «presencia real» del analizante.

En este punto, a Lacan comienzan a resultarle insuficientes las figuras del muerto y de la cadaverización, de las que se sirvió inicialmente para dar cuenta de la desposesión de la propia persona que sufre el analista bajo los efectos de la transferencia. Es importante, en ese sentido, su precisión de que «el *i (a)* del analista debe comportarse como un muerto» [ídem., p. 217]. No toda la función del analista queda alcanzada entonces por esta figura: apunta con exclusividad al analista en el plano imaginario.

Rozamos aquí una crítica recurrente a la orientación clínica lacaniana: aquella que le reprocha una pretensión de objetividad radicalizada, sostenida supuestamente en un modelo retórico formal que desestimaría la subjetividad, y abierto por ello a los riesgos de la cosificación y el discurso cristalizado. Es una perspectiva compartida por un número importante de colegas, interpelados —en algunos casos— por otras aristas de la enseñanza de Lacan. Para estos, el único reaseguro frente al riesgo señalado sería la recuperación e instrumentación de la subjetividad del analista mediante el recurso a la contratransferencia.

Podemos ver, sin embargo, que este «segundo Lacan» comparte la crítica al ideal de «apatía analítica» que ya había merecido aproximaciones irónicas de toda una camada de practicantes de la contratransferencia: es el caso de M. Little, con su «mito del analista impersonal»; el de L. Tower, con su «máscara del analista perfecto», y el del mismo Racker, con su «ideal neurótico (obsesivo) de objetividad». Pero si Lacan rescata, al igual que todos ellos, una necesaria implicación subjetiva del analista en la transferencia... hará de esta implicación algo que atañe no a su persona total, sino a su *deseo* en tanto real. Y es por este camino que avanza en la formalización del concepto de *deseo del analista*: esa verdadera «mutación» (ídem., p. 215) que

tiene lugar en el deseo de quien ha atravesado la experiencia de un análisis logrado, y que por ello opera en un más allá de la represión.

Sostenido en la neoformación que es este deseo mutante, el analista puede, sí, «*impresionar* como quien está a salvo de toda tentación» (Freud, 1915), y componer entonces esa imagen de *apatía* que recogen tanto el imaginario colectivo como muchas de las formulaciones posfreudianas que intentaron dar cuenta de su función. Por eso —precisa Lacan—, «si el analista no va al grano con su paciente», es decir, «si no lo toma en sus brazos o no lo tira por la ventana», es porque como efecto de su propio análisis «está poseído por un deseo *más fuerte*» (id.) que el que articulan esos anhelos que se conjugan —en última instancia— en clave edípica. Pero también con su sostén, en algunas circunstancias, puede precipitar esas «vacilaciones calculadas de su neutralidad, que pueden valer más que todas las interpretaciones» (Lacan, 1960) y resolver los destinos de una cura.

CONSENTIMIENTO TRANSFERENCIAL Y CONFINES DEL CÁLCULO

Voy a presentar una breve referencia clínica que puede ayudarnos a delimitar resonancias o zonas de encuentro entre lo que denomino —siguiendo a Lacan— «modalidades de implicación subjetiva del analista en transferencia» y aquello que en otros esquemas referenciales es designado como «contratransferencia». Creo que constituye, a la vez, el testimonio de una vacilación *no calculada* de la neutralidad, que —en su momento— se me impuso con toda la intensidad del retorno de lo reprimido. Pese a lo cual, parece haber promovido en la analizante el atravesamiento elaborativo de una depositación transferencial hasta ese momento «estancada». Es un incidente que corrobora el carácter impredecible de la eficacia de las intervenciones del analista. Y plantea a la vez la interrogante —al estilo de los juegos de historia contrafáctica— acerca de la conveniencia de una eventual utilización *previa y calculada* (por el analista) de un tipo de intervención que a posteriori se verificó eficaz.

Pero vayamos al caso clínico. Se trata de una paciente joven, antropóloga, que hace ya varios años me fue derivada por una amiga, a la vez compañera mía de un grupo de estudio de Lacan. Estaba de novia desde

hacía un tiempo con una persona bastante mayor que ella: un analista de orientación lacaniana que ocupaba un lugar de mucho reconocimiento en su grupo. Era lo que se dice una «figura conocida»; pero conocida, también, por sus juicios categóricos, sus rasgos soberbios y descalificadores. Esta persona la había alentado a conectarse con el psicoanálisis, a participar en las reuniones del grupo del que él formaba parte y a interesarse incluso en la posibilidad de desarrollar, en un futuro más o menos próximo, una práctica clínica. Como parte de esa perspectiva la había derivado, también, a un colega del mismo grupo para que comenzara un análisis. Alejandra dice no haberse sentido cómoda con este profesional: le parecía serio, muy preparado, pero también engreído y por momentos impostado. Pero sobre todo percibía que el conocimiento y la evidente admiración que este analista dispensaba a su pareja no le hacían fácil incluir en las sesiones las dificultades que empezaba a registrar en ese campo. Fue por eso que después de unos pocos meses decidió interrumpir esa primera experiencia.

Conmigo pareció instalar inicialmente una buena transferencia operativa: comenzó a traer sueños, y a la vez interrogantes en cuanto a su orientación profesional, junto con un malestar creciente con su pareja, por quien se sentía cada vez más presionada y cuestionada en sus decisiones. Al poco tiempo resultó claro también que me instalaba en un lugar de cierta paridad: le generaba desconfianza que fuera miembro de una institución «no lacaniana» y que participara junto con su amiga en un grupo de estudio que ella (por supuesto que aquí pesaban los juicios de su pareja) consideraba que era para «principiantes». Comenzó también a evaluar mis intervenciones en términos de si respondían o no a un supuesto «canon» lacaniano (la expresión es mía, pero recién empecé a utilizarla después del incidente que comento más adelante).

El padre de Alejandra era un profesional a quien le iba razonablemente bien en su actividad, pero que era sutilmente descalificado por su mujer (la madre de la paciente), que en cambio idealizaba y admiraba mucho a su propio padre: una figura que había sido descollante en su medio, profesor universitario y autor de varios libros en su disciplina.

Yo tenía la impresión de estar manejándome bien con la paciente: la supervisaba periódicamente, y estaba —aparentemente— ganado por la convicción de que, así como Freud incitaba a los jóvenes analistas a asumir

que los enamoramientos transferenciales no tienen que ver con las «exce-lencias» de sus respectivas personas..., las impugnaciones y descalifica-ciones que Alejandra desplegaba cada vez con mayor asiduidad tampoco estaban referidas —en este caso— a las «insuficiencias» de mi persona. Mantenía una actitud supuestamente paciente ante lo que consideraba sus racionalizaciones, y no me sentía ni me mostraba molesto o irritado por sus cuestionamientos, que intentaba reconducir (la paciente desplegada material para ello) a sus fuentes edípicas.

Uno de sus reproches más frecuentes estaba dirigido al carácter «yoi-co» e «imaginario» que imputaba a algunas de mis intervenciones: un reproche que se acentuaba en particular con aquellas interpretaciones que ponían el foco en la posición de sometimiento que se insinuaba tras sus quejas ante las actitudes controladoras y autoritarias de su pareja. Era fre-cuente que en esas situaciones replicara molesta: «Usted le está hablando a mi yo». Casi sobre el fin de una sesión, en una situación análoga, comenta: «¡Pero *me* (se interrumpe, y enseguida se corrige)... *le* está hablando a mi yo!». En ese momento, y para mi sorpresa, me descubro respondiéndole (en un tono de hartazgo, al estilo de «la verdad es que me tenés harto, flaca»): «Pero ¿a quién le parece usted que estoy tratando de hablarle?». Desconcertado, pero sobre todo molesto y desconforme con el tono de mi intervención, intenté (yoicamente) suavizarla, y agregué: «Al menos así lo veo yo».

Sentí inmediatamente una vergüenza enorme. Es que la frase que aca-baba de pronunciar era el «made in Germany» —la marca registrada— de Guillermo Nimo: un exárbitro de fútbol, mediático, que había construido por esos años un personaje excéntrico, grotesco, que desfilaba por distintos programas de televisión haciendo comentarios futbolísticos pretenciosos. Con muchos errores de sintaxis, pero con un tono de sentencia definitiva, remataba invariablemente sus intervenciones con un: «Por lo menos, así lo veo yo». Era el sonsonete de este personaje de caricatura, que con mis amigos solíamos usar para subrayar lo ridículo de un comentario propio. En ese momento inicial no podía sino vivir mi intervención como lo que en un punto —efectivamente— era *para mí*: esto es, una aceptación de las descalificaciones de mi paciente por la vía de una identificación con este personaje devaluado.

A la sesión siguiente, y para mi sorpresa... me resultó claro que Alejandra no conocía a Guillermo Nimo. Al menos, no hizo ninguna referencia a la —para mí— «genealogía vergonzante» de mi intervención. Comentó en cambio que le había venido bien lo que le había señalado, y que se daba cuenta de que por momentos se podía poner pesada con sus críticas teóricas. Pero sobre todo le había gustado que yo subrayara que ese era «mi punto de vista» (así escuchó mi «Por lo menos, así lo veo yo»). Es decir, que no estuviera forzándola a aceptarlo, como en cambio solía hacer su pareja, y como le parecía que ocurría a veces con su primer analista. O sea que escuchó el enunciado de mi intervención no como una confesión de una «nimización» de mi parte, sino como la reafirmación de una posición tolerante... pero también de que esa posición tenía sus límites (porque no había dejado de percibir mi bronca). De hecho, después de este episodio se registró una progresiva disminución de su «control de calidad» sobre mis intervenciones (expresión mía).

El incidente (para ser más precisos: *el trabajo psíquico* que pude hacer sobre el incidente, no el incidente «en bruto») me permitió un reposicionamiento como analista, al ayudarme a percibir —retroactivamente— el tipo particular de implicación subjetiva que había estado anudando a las depositaciones transferenciales de las que era objeto. Lo que hasta ese momento había considerado una «neutralidad analítica adecuada» parece haber tenido que ver más con un «sometimiento estoico» y, por lo tanto, con un deslizamiento neurótico en mi posición de analista. Me interesa subrayar que era un deslizamiento que podía ser racionalizado tanto a partir del «mito del analista impersonal» (M. Little) como a partir de la figura de la «cadaverización» alentada por un primer Lacan: encubriendo en realidad un punto de identificación reprimido con una figura paterna devaluada en la mirada descalificadora de la madre. Una madre que —no está de más precisarlo, aunque resulte previsible— se mostraba muy feliz con la elección de pareja de Alejandra...

A partir de este incidente comencé a recortar en mis intervenciones particularidades de la posición subjetiva de Alejandra mediante una ironía discreta (v. gr., mis referencias a su «control de calidad», o al «canon lacaniano»), que me permitía ahora una «utilización calculada» de mi hostilidad. Constituye —a mi juicio— un buen indicador del atravesamiento,

por mi parte, del referido atrapamiento identificatorio. Un atravesamiento que, a su vez, promovió en la analizante la remoción de una depositación transferencial que, en tanto cristalizada, operaba como obstáculo al despliegue de la cura. Es una secuencia que nos permite verificar la conocida observación de Lacan que reconduce la resistencia del analizante a la resistencia del analista.

Voy a concluir mi comentario a este recorte clínico (lo prefiero breve, porque me gustaría que quedara abierto a más resonancias en los lectores) retomando —para complejizarlo— el ejercicio contrafáctico que sugerí más arriba. Me parece sugerente destacar que mi «vacilación no calculada» se precipita inmediatamente después de un lapsus de Alejandra: «¡Pero usted *me...* le está hablando a mi yo!».

Es una oscilación con la que parece dar cuenta de haber sido alcanzada (más allá de su dimensión yoica) por la interpretación previa. ¿Por qué no pensar que «algo» en mí advirtió este nuevo punto de implicación subjetiva, y se autorizó recién entonces para una intervención que, sin el sostén previo en lo que llamaré el *consentimiento transferencial* que me ofrecía ahora la analizante, corría grandes riesgos de ser percibido por ella meramente como un exabrupto hostil? Es una interrogante que —para jugar con el eje temático de este número de la RUP— nos conecta con los *confines* del cálculo del analista. En otros términos: ¿quién o qué asiste a la cita de la transferencia en las vacilaciones de la neutralidad del analista? ♦

RESUMEN

Destaco la multivocidad de la noción de contratransferencia y sugiero la conveniencia de considerarla un significante: abierto, en tanto tal, a la pluralidad de sentidos que su uso ha ido decantando en la historia de nuestra disciplina. Es una perspectiva que permite abrir la brecha entre «lo que se dice y lo que se quiere decir» (Lacan, 1955) cuando un analista la emplea para dar cuenta de su práctica, eludiendo impugnaciones en bloque que suelen obturar el intercambio. En la misma perspectiva de alentar un trabajo sobre nuestras diferencias, propongo considerar la contratransferencia y el deseo del analista como dos respuestas alternativas para una misma pregunta. Esta puede ser formulada en términos de dilucidar cuál debe ser la implicación subjetiva del analista para responder adecuadamente a las transferencias de las que es objeto.

Reviso la posición de Lacan con relación a la contratransferencia, y distingo a lo largo de su enseñanza dos vertientes: por un lado, una crítica a los deslizamientos imaginarios que puede inducir; por el otro, una *legitimación crítica* de los testimonios clínicos de algunos colegas contratransferencialistas, cuyas intervenciones no convencionales celebra, aun cuando toma distancia respecto de las conceptualizaciones con que las fundamentan. Es una vertiente que confluye con su trabajo de elaboración de los conceptos de deseo del analista y acto analítico.

Por último, presento una breve referencia clínica que me permite recortar un territorio al que algunos colegas se aproximan mediante la noción de contratransferencia, pero que —siguiendo a Lacan— considero preferible abordar en términos de modalidades de implicación subjetiva del analista. Es un material que ofrece un testimonio de vacilación no calculada en la neutralidad del analista, y me permite introducir la noción de *consentimiento transferencial*. Deja, por último, abierta la pregunta con relación a *quién* o *qué* (en el analista) asiste a la cita de la transferencia en los momentos de vacilación de su neutralidad.

Descriptores: DESEO DEL ANALISTA / ACTO / ASIMETRÍA / APATÍA
/ CONTRATRANSFERENCIA / MATERIAL CLÍNICO

Descriptores candidatos: TERCERIDAD / IMPLICANCIA DEL ANALISTA /

Autores-tema: Lacan, Jacques

SUMMARY

The paper underscores the multiple senses of the notion of countertransference and suggests the convenience of considering it a signifier: open, as such, to the plurality of meanings that its use has been decanting in the history of our discipline. In a perspective that allows to open the breach between “what one says and what one wants to say” [Lacan, 1995] when an analyst uses it to account for his practice, dodging the en-masse refutations that usually block interchange. Also wishing to promote working on our differences, the writer proposes to see countertransference and the wish of the analyst as two alternative responses to the same question. The question could be expressed in terms of an attempt to elucidate which should be the subjective implication of the analyst in order to respond adequately to the transferences of which he is the object.

The paper overviews Lacan’s position regarding the countertransference, distinguishing two perspectives all along his teachings: on the one hand, a criticism to the imaginary glidings that it can induce; and on the other, a critical legitimation of the clinical testimonies of some countertransferentialist colleagues, whose unconventional interventions he celebrates, though he takes some distance from the conceptualizations they use to support them. It is a perspective that meets his work on the concepts of the wish of the analyst and the analytic act.

Finally, a brief clinical reference is introduced in order to outline the territory that some colleagues approach through the notion of countertransference, but which – following Lacan – the writer prefers to approach considering it in terms of the different modes of subjective implication of the analyst. The material offers testimony to a moment of uncalculated hesitation in the neutrality of the analyst, and allows for the introduction of transferential consent. The paper leaves open the question about who or what (in the analyst) attends the appointment with the transference, when there is hesitation in his neutrality.

Keywords: PSYCHOANALYST’S WISH / ACT / ASSIMETRY / APATHY
/ COUNTERTRANSFERENCE / CLINICAL MATERIAL /

Candidate keywords: THIRDNESS / IMPLICATION OF THE PSYCHOANALYST /

Authors-subject: Lacan, Jacques

BIBLIOGRAFÍA

- ALLOUCH, J. «Las trifurcas teóricas exhiben salvajismo». En *Docta, Revista de Psicoanálisis*. Primavera 2003, Córdoba, Argentina.
- BION, W. R. *Seminario de Psicoanálisis* (San Pablo). 3.^ª parte, cap. II. Buenos Aires: Paidós, 1978.
- CABRAL, A. C. *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva, 2009.
- FREUD, S. (1910). «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica». En *A. E.*, XI, p. 136.
- (1915). «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia». En *A. E.*, XII, pp. 168-169.
- GREEN, A. (1992). «Discusión del trabajo de Th. Jakobs». En *Revista de Psicoanálisis*, L, 4-5, 1993.
- JAKOBS, T. «Las experiencias internas del analista». En *Revista de Psicoanálisis*, XLIX, 2, 1992.
- LACAN, J. (1948). «La agresividad». En *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1980, p. 74.
- (1951). «Intervención sobre la transferencia». En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1980, p. 46.
- (1955). «Variantes de la cura tipo». En *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1980, pp. 98-99.
- (1958). «La dirección de la cura». En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1980, p. 217.
- (1960). «Subversión del sujeto». En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1980, p. 336.
- (1960-1961). «Seminario VIII (La transferencia)». Buenos Aires: Paidós, 2003. a) clase del 8/3/1961, pp. 213-215; y b) clase del 24/5/1961, p. 352.
- MILLER, J. A. (2001-2002). «Seminario sobre la orientación lacaniana III». Clase del 16/1/2002. En *Freudiana*, 36, 2003, Barcelona, pp. 10-13.
- MULLER, F. «El concepto de intersubjetividad en psicoanálisis». *Revista de Psicoanálisis*, tomo LXVI, 2, 2009.
- RACKER, H. (1953). «Significado y usos del término contratransferencia». En *Estudios sobre técnica analítica*, Buenos Aires: Paidós, 1973, p. 231.
- WALLERSTEIN, R. «¿Un psicoanálisis o muchos?». En *Libro anual de psicoanálisis*, 1988.
- WENDER, L. «Discusión del trabajo de T. Jakobs». En *Revista de Psicoanálisis*, XLIX, 2, 1992.
- WINNICOTT, D. W. (1960). «Contra-transferencia». En *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia, 1975, pp. 193-195.